

QUEMADO



TENGO LOS CUATRO ASE

Antes de apartar su bandeja de desayuno, Jack Archer se aseguró de que no quedaba en ella nada para comer. Echó una mirada dentro de la diminuta cafetera, hizo una mueca y suspiró. Encendió un Gauloise y recorrió con la vista el sórdido y pequeño cuarto de hotel.

Recordó haber estado en hoteles peores que el Saint-Sabin. Este, al menos, era limpio y, mucho más importante aún, era el hotel más barato de París. Miró su reloj de pulsera. Era hora de que partiera para su cita con Joe Patterson. Volvió a gesticular pensando en el tedioso y complicado viaje en subterráneo hasta el Plaza Athénée Hotel: Duroc - Invalides - Concorde - Franklin Roosevelt y, finalmente, Alma Marceau. Su mente se remontó hacia el pasado, cuando podía haber realizado ese viaje confortablemente en un automóvil alquilado, con chofer; pero eso pertenecía al pasado.

TENGO LOS CUATRO ASES

James Hadley Chase

CAPÍTULO UNO

Antes de apartar su bandeja de desayuno, Jack Archer se aseguró de que no quedaba en ella nada para comer. Echó una mirada dentro de la diminuta cafetera, hizo una mueca y suspiró. Encendió un Gauloise y recorrió con la vista el sórdido y pequeño cuarto de hotel.

Recordó haber estado en hoteles peores que el Saint-Sabin. Este, al menos, era limpio y, mucho más importante aún, era el hotel más barato de París. Miró su reloj de pulsera. Era hora de que partiera para su cita con Joe Patterson. Volvió a gesticular pensando en el tedioso y complicado viaje en subterráneo hasta el Plaza Athénée Hotel: Duroc - Invalides - Concorde - Franklin Roosevelt y, finalmente, Alma Marceau. Su mente se remontó hacia el pasado, cuando podía haber realizado ese viaje confortablemente en un automóvil alquilado, con chofer; pero eso pertenecía al pasado.

Se puso la chaqueta y se contempló en el sucio espejo. Vio en él reflejado a un hombre alto, de contextura robusta, cincuentón; cabello ralo de color pajizo, carrillos flácidos, cutis enrojecido y ojos de un color celeste pálido. Lo deprimía el tener conciencia de que su vientre hacía que la chaqueta le cayera mal. También lo deprimía el tener conciencia de que su traje, hecho por uno de los mejores sastres ingleses, estaba ahora deformado y deshilachado. No importa, se dijo a sí mismo, mientras se miraba en el espejo. Incluso así, su aspecto no resultaba del todo vulgar: andra-

joso, sí, pero todavía con aquel aire de autoridad que tanto le había servido en el pasado.

Miró hacia afuera por la ventana. El sol brillaba. En la estrecha calle, cercana a Rue de Sèvres, el tránsito se desplazaba con lentitud. El ruido de los cambios de marcha y el rugir de los motores se dejaba oír a través de la ventana cerrada. Decidió no ponerse el sobretodo, que estaba todavía más harapiento que el traje. Tuvo dudas con respecto al sombrero. La experiencia le había enseñado que un sombrero cuesta dinero. Estaba seguro de que la chica encargada del guardarropa en el Plaza Athénée Hotel esperaba por lo menos tres francos de propina. Así que, dejando también el sombrero, recogió su gastado portafolio. Salió al largo pasillo, cerró la puerta del cuarto y comenzó a caminar rumbo al vetusto ascensor.

Desde otro cuarto un hombre se dirigía asimismo hacia el ascensor, después de cerrar su puerta.

Al verlo, Archer disminuyó la marcha. Ese hombre tenía por lo menos dos metros de altura. Era el espécimen masculino más notable que Archer hubiera visto: delgado, pero de contextura poderosa, cabello castaño oscuro peinado hacia atrás, cara alargada, nariz aquilina y ojos oscuros y penetrantes. Todo eso lo registró Archer de una sola ojeada. Además de su belleza Archer pensó que debería de ser una estrella de cine para ser tan buen mozo, lo impresionó su vestimenta. La ropa de ese hombre, pensó Archer, debería de costar una fortuna. Aunque informal, tenía ese corte, esa excelencia reveladora de un estilo impecable. El cinturón y los zapatos de Gucci, la camisa de una blancura resplandeciente, daban sensación de riqueza; pero lo que realmente conmovió a Archer fue la inconfundible corbata tradicional de Eton. Había pasado varios meses en Inglaterra, donde aprendió a reconocer este símbolo de *status* que siempre había despertado su envidia.

El hombre penetró en el ascensor y se quedó esperando que Archer lo hiciera.

Cuando Archer entró, percibió el aroma de una costosa loción para después de afeitarse; el hombre inclinó la cabeza y le sonrió.

—¡Dios, pensó Archer, qué hombre! Lo invadió la envidia.

Ese Adonis, probablemente cercano a la cuarentena, estaba intensamente tostado y su sonrisa revelaba una dentadura de una blancura deslumbrante. Archer no tardó en observar que usaba un reloj pulsera Omega de oro y un anillo de sello, también de oro. En la muñeca izquierda llevaba una pulsera de cadena hecha de oro y platino.

—Hermoso día —dijo el hombre cuando Archer cerró las puertas del ascensor. Su voz era de un tono grave, profunda, musical y sensual—. París en primavera.

—Sí —dijo Archer. Estaba tan desconcertado por encontrarse con un hombre tan obviamente rico en ese hotel astroso, que no se le ocurrió qué otra cosa decir.

Su compañero sacó del bolsillo una cigarrera de oro con sus iniciales en diamantes.

—Veo que ya está fumando —dijo, y tomó un cigarrillo.

Sacó a relucir entonces un encendedor Dunhill de oro, también ornamentado con diamantes. —Este es un hábito terrible... así dicen—. Encendió el cigarrillo a medida que el ascensor descendía hacia el vestíbulo del hotel. Saludó a Archer, se dirigió hacia el mostrador de recepción, dejó su llave y se encaminó hacia la calle estrecha y tumultuosa.

Archer había estado en el hotel durante las últimas tres semanas y se había hecho amigo de Monsieur Cavelle, quien actuaba como recepcionista y conserje. Colocó su llave en el tablero y luego preguntó:

—¿Quién es ese caballero?

Cavelle, un hombre pequeño, desprolijo y de aspecto desdichado, se apresuró a contestar.

—Ese es Monsieur Christopher Grenville. Llegó anoche de Alemania.

—¿De Alemania? Seguramente es inglés.

—Sí, Monsieur Archer, es inglés.

—¿Se va a quedar durante mucho tiempo?

—Ha reservado un cuarto por una semana, Monsieur.

Archer gesticuló una suave sonrisa.

—Ha llegado en la época correcta: primavera en París —con una inclinación de cabeza, se encaminó hacia la calle.

¿Qué demonios, pensó, podía estar haciendo un hombre obviamente rico como Grenville en el hotel más económico de París? Esa cigarrera de oro debería de costar por lo menos veinte mil francos. ¡Muy extraño!

Tan pronto entró en la estación del Metro, olvidó a Grenville y se puso a pensar en Joe Patterson y en el absurdo plan que estaba tratando de poner en marcha.

Dieciocho meses atrás, Archer no hubiera considerado ni siquiera por un momento la posibilidad de trabajar para un hombre como Patterson; pero ahora era diferente: los mendigos no están en condiciones de elegir.

Sentado en el maloliente y traqueteante compartimiento de segunda clase del tren subterráneo, la mente de Archer se remontó al pasado. Dieciocho meses atrás había sido el miembro más joven de una muy reputada firma internacional de abogados de Lausanne, Suiza. Había estado a cargo de la cuenta en Suiza de Herman Rolfe, y Rolfe había sido uno de los hombres más ricos del mundo, que se codeaba con Getty y el difunto Onassis. Archer y la esposa de Rolfe, Helga, habían estado a cargo de las inversiones de Rolfe en Suiza, que totalizaban la suma de veinte millones de dólares.

«Fuiste demasiado ambicioso, se dijo Archer, mientras dejaba que su pesado cuerpo se balanceara con el movimiento del tren, y no tuviste suerte». Su oportunidad para hacerse de una verdadera fortuna había surgido a partir de una información confidencial respecto de una mina en Australia, de la que estaban a punto de extraer níquel. No lo había dudado. El informe provenía de un buen amigo, y las

acciones estaban radicalmente bajas. Hizo una fuerte inversión, utilizando el dinero de Rolfe: más de dos millones de dólares. Su intención era reponerlos cuando las acciones subieran; pero nunca subieron, porque no existía el níquel. Si Helga, la mujer de Rolfe, hubiera cooperado, las cosas habrían salido bien; pero no lo hizo. Contra lo que Archer esperaba, Rolfe no lo denunció. Sin duda había descubierto que él (Archer) había sido amante de Helga. Como no era hombre de enfrentar un escándalo no lo había denunciado. Era lo suficientemente sagaz como para comprender que Archer hubiera hablado en los tribunales sobre sus relaciones con Helga. Pero Rolfe encontró la manera de vengarse. Lo desacreditó completamente. Hizo correr la voz: «No empleen a ese hombre, es un tipo peligroso».

Cuando Rolfe retiró su cuenta, la firma para la que Archer trabajaba cerró sus puertas. Los otros dos socios, que eran personas de edad, estaban contentos de retirarse. Le dieron a Archer una miserable indemnización de cincuenta mil francos, y Archer se quedó sin empleo. Al principio, tenía confianza en que podría iniciar una nueva carrera, pero muy pronto descubrió el poder de la campaña de descrédito desatada por Rolfe, aun a los cinco meses de su muerte.

Ninguna firma acreditada lo aceptó, y poco a poco se vio forzado a integrar la comunidad de los desharrapados: explotadores, tramposos, cazadores de fortunas, promotores que intentan vender lo que no poseen.

Archer no era solo un brillante abogado internacional y un consultor impositivo de primera clase, sino que también hacía gala de modales refinados y hablaba en forma fluida francés, alemán e italiano. Si no hubiera sido por el estúpido error motivado por su avidez, que lo había convertido en un estafador y en un falsificador, habría sido el suyo un futuro espectacular. Pero se había equivocado, y ahora estaba tratando desesperadamente de ganar algo, no ya para vivir decorosamente sino simplemente para poder comer.

Había establecido contacto con un sudamericano, Edmondo (llámame Ed) Shappilo, quien le había sugerido que quizá pudiera realizar algunos trabajos legales para una importante compañía promotora. Archer, que no contaba con otra cosa que su miserable indemnización, a duras penas había podido ocultar su avidez; pero era lo bastante sagaz como para inferir que también este asesoramiento legal podía quedar en la nada, como había ocurrido con algunos que había intentado para otros malvivientes. Shappilo, suave y delgado, de largo cabello negro, le dijo que la compañía estaba dispuesta a pagarle a Archer una remuneración semanal de cien dólares y el uno y medio por ciento de las ganancias cuando estas se concretaran. Shappilo hablaba pomposamente de diez millones de dólares y Archer aguzó el oído. Shappilo decía representar a un poderoso americano que había llevado a cabo con éxito numerosas transacciones inmobiliarias. Pero esa promoción particular de la que trataban era la más importante.

«Mr. Patterson tiene una habilidad especial tanto para encarar una negociación como para financiarla, —le había dicho Shappilo sonriendo—. En este mismo momento está negociando con el Shah de Irán, y el Shah está muy pero muy interesado. Querríamos que usted concretara los detalles legales y manejara los contratos. Pensamos que esa es su especialidad».

Archer confirmó la suposición.

Shappilo le dio entonces un par de folletos ilustrados y los detalles de la proposición comercial, cuidadosamente tipografiados. Si después de estudiar esos papeles, Archer pensaba que podía ser de utilidad, Mr. Patterson, que estaba residiendo en el Plaza Athénée Hotel, estaría encantado de entrevistarle personalmente.

La compañía que debían promocionar se iba a llamar «Campamentos de Vacaciones Cielos Azules». Los campamentos se construirían en diversos lugares soleados de Europa. Uno de los folletos mostraba uno de ellos: cabañas

individuales de techos de paja, cuidadosamente dibujadas por un artista experimentado, además de todo tipo de instalaciones recreativas, un restaurante, una inmensa pileta de natación y muchas cosas más por el estilo. Al leer el impreso y estudiar las notas aclaratorias, Archer decidió que no era nada nuevo. Ya existían demasiados campamentos de esta naturaleza por toda Europa. Y sabía, por las cotizaciones de la Bolsa, que muchos de ellos estaban pasando por penurias financieras. Pero le habían ofrecido cien dólares semanales y eso le alcanzaba para comer.

«¿Quién podría saberlo?», pensó mientras cambiaba de tren, encaminándose hacia la estación Franklin Roosevelt. El Shah podía ser lo bastante estúpido como para invertir sus petrodólares en un proyecto como ese, aunque en el fondo lo dudaba.

Penetró en el vestíbulo del Plaza Athénée Hotel tres minutos antes de las once y se encontró con Ed Shappilo, que lo estaba esperando.

Shappilo no sonrió cuando lo saludó con un apretón de manos, y a Archer el corazón se le subió a la boca. Habitualmente, Shappilo lo saludaba con una sonrisa deslumbrante; pero hoy, parecía sumido en la depresión.

—¿Algo anda mal, Ed? —preguntó Archer incómodo.

—Digamos que hay un contratiempo —le respondió Shappilo. Sin soltar la mano de Archer, lo condujo hacia un rincón donde había dos sillas. Pero no es nada que no pueda resolverse. Siéntese. —Soltó la mano de Archer y se dejó caer en una de las sillas—. El Shah ha rechazado nuestra promoción... en forma totalmente inesperada. Es ridículo, por supuesto, ya que hubiera podido obtener suculentos beneficios, pero ha decidido no participar.

Aunque eso era lo que Archer había esperado, le produjo un *shock*, ya que vio desvanecerse su remuneración semanal de cien dólares sin haber cobrado siquiera la primera de ellas.

—Cuánto lamento oír eso —dijo.

—Sí, pero no es el fin del mundo. Hay otras fuentes a las cuales recurrir. Mr. Patterson aún quiere verlo —Shappilo hizo una mueca—. No está en uno de sus mejores momentos. Pero vayamos a verlo, Jack. Hay momentos en los que puede ser muy simpático, aunque no precisamente esta mañana.

Archer se quedó observando a Shappilo durante un buen rato.

—¿Todavía piensa emplearme, Ed? —preguntó.

—Yo diría que sí. Después de todo, cien dólares por semana no es demasiado. —Shappilo sonrió—. Parece muy impresionado por sus antecedentes. —Se puso de pie—. Vamos. Estoy seguro de que un trago le vendrá bien.

«Ese, pensó Archer, mientras seguía a Shappilo a lo largo del pasillo, era el mejor chiste de la semana». ¡Se moría por un trago!

En uno de los reservados, Joe Patterson estaba bebiendo su cuarto *whisky* doble de la mañana.

Patterson era bajo, corpulento, con el rostro enrojecido y marcado por las cicatrices de un antiguo acné. Su cabello negro, obviamente teñido, estaba raleado, la nariz era bulbosa y los ojos pequeños y egoístas.

Archer advirtió inmediatamente que estaba un poco borracho. Pertenecía al tipo de norteamericanos que Archer detestaba: voz chillona, vulgar, ropas también chillonas y, por supuesto, el inevitable cigarro.

Patterson lo observó sin poder centrar la vista, luego le indicó con la mano que se sentara en una silla a su lado.

—Así que usted es Archer, ¿no? —dijo—. ¿Qué va a tomar?

—Un martini, gracias —dijo Archer, mientras se sentaba.

Shappilo chasqueó los dedos y ordenó las bebidas, mientras Archer colocaba su portafolio entre los pies y se quedaba contemplando a Patterson.

—Ed me dijo que estuvo estudiando nuestra promoción, Archer —dijo Patterson—. ¿Qué le pareció?

—Pienso que va a satisfacer una demanda muy popularizada y necesaria —replicó Archer cautelosamente.

—Es absolutamente cierto —dijo Patterson tratando de centrar su mirada—. Sí, eso es hablar. ¿Me puede explicar entonces por qué estos negros se echaron atrás?

—Tal vez existan diversas razones —dijo Archer con suavidad—. No me atrevería a expresar una opinión, ya que no participé de las negociaciones originales.

Patterson sonrió forzosamente.

—Malditos abogados. —Chupó su cigarro y lanzó una nube de humo—. Nunca dan una respuesta directa. —Se echó hacia atrás apuntando su cigarro a Archer.

—Bueno, le voy a decir algo. Ed va a viajar a Arabia Saudita mañana por la tarde. Esos tipos sí que están podridos en plata. Qué importa Irán. Vamos a conseguir el dinero de estos otros tipos. ¿Qué le parece si se va con Ed y se encarga de los detalles legales?

La idea de que Shappilo estableciera contacto con un ministro de Arabia Saudita para promover algo tan poco importante como los Campamentos de Vacaciones Cielos Azules era tan ridícula que Archer a duras penas pudo contener la risa, pero seguía pensando en los cien dólares semanales, así que fingió pensar y luego asintió.

—Sí. Estaría dispuesto a acompañar a Mr. Shappilo —hizo una pausa y luego prosiguió sin mucha convicción—: Pero no por cien dólares semanales, Mr. Patterson.

Patterson lo miró bizqueando.

—¿Quién dijo eso? Usted hace este viaje y yo le pagaré todos los gastos. Le daré el dos por ciento cuando regresen con el contrato. Será una buena cantidad de dinero, Archer.

¿Cuántas veces, pensó Archer, había escuchado este tipo de conversación? Siempre se trataba de millones; siempre se mencionaba un elevado porcentaje.

—¿Cuentan con algunos contactos allí? —preguntó.

Patterson terminó su trago y miró a Shappilo.

—¿Estableció algunos contactos, Ed?

Shappilo se examinó las uñas.

—Bueno, no. Los tipos de París son difíciles. Pienso que haremos un verdadero progreso una vez que estemos allí, en lugar de perder el tiempo rondando su Embajada.

Patterson asintió.

—Sí. Mejor viajen y arréglenlo sobre el terreno —levantó su vaso vacío—. Consígueme otra vuelta, Ed.

Mientras Shappilo chasqueaba los dedos, Archer tuvo tiempo para pensar. Por lo menos podría hacer un viaje gratis a Medio Oriente. Esto lo animó un poco. ¿Quién podría saberlo? Tal vez pudiera pescar allí algún trabajo lucrativo. Abandonaría a Shappilo y se establecería en Arabia Saudita por algún tiempo. ¿Quién podría saberlo?

En el preciso momento en que el mozo llegaba con el trago de Patterson se produjo una pequeña conmoción en el pasillo que conducía hacia los ascensores.

Una mujer y dos hombres, acompañados por el subgerente del hotel, y seguidos por dos changadores que empujaban sendos carritos cargados hasta el tope con equipaje de aspecto suntuoso, se desplazaban por el pasillo.

A Archer el corazón se le subió a la boca cuando reconoció a la mujer.

¡Helga Rolfe, por Dios!

No había vuelto a ver a Helga desde el momento en que se separaron, luego de su intento fallido de chantaje para lograr que cubriera su estafa ante el marido. Rápidamente levantó una mano para ocultar la cara. No quería que ella lo viera.

Sintió una punzada de envidia cuando la vio desplazarse a lo largo del pasillo. ¡Estaba espléndida! Con su abrigo de gamuza *beige* pálido, su cabello rubio, sedoso y brillante, su porte altivo, era la propia imagen de la sólida opulencia.

Sus dos acompañantes marchaban a la par. El más alto se inclinaba un poco para hablarle, mientras que el más bajo parecía tener dificultades para mantener su ritmo.

La pequeña comitiva desapareció dentro del ascensor que los estaba esperando.

—¡Esa es una mujer! —exclamó Patterson—. ¿Quién será?

Esta era su oportunidad para impresionar a ese vulgar norteamericano, pensó Archer.

—Es Madame Helga Rolfe —dijo.

Patterson lo miró bizqueando.

—¿Rolfe? ¿Usted habla de Rolfe? ¿El hombre de la electrónica?

—Sí, pero Rolfe murió hace unos meses —Archer sorbió su martini—. Helga es quién está ahora a cargo de la compañía, y al parecer la está manejando muy bien —dijo con tono intrascendente, como al descuido.

Los diminutos y mezquinos ojos de Patterson se abrieron desmesuradamente.

—¿Es cierto? ¿Quiénes eran los dos tipos que la acompañaban?

Archer se recostó y sacó su paquete de Gauloises.

—Tome, fume algo bueno, por Dios —Patterson sacó a relucir un cigarro envasado en un recipiente metálico.

—Gracias. —Mientras extraía el cigarro, Archer prosiguió—: El hombre más alto es Stanley Winborn, el jefe del departamento jurídico de Rolfe. El más bajo y gordo es el vicepresidente, Frederick Loman. —Encendió el cigarro y lanzó una bocanada de humo—. La compañía vale ahora más de mil millones de dólares. Y me consta que la fortuna personal de Helga es de cien millones por lo menos.

A Patterson se le detuvo la respiración.

—¡Demonios! ¡Eso sí que es una fortuna!

—Ya lo creo —Archer sonrió. Terminó su trago e hizo a un lado su vaso vacío.

—Consíguele otro trago, Ed —dijo Patterson.

En tanto Shappilo llamaba al mozo, Patterson prosiguió:

—Parece que usted conoce a esa muñeca.

Este fue el momento en que Archer debería haberse callado la boca; pero el martini, después de la cena miserable de la noche anterior y del aún más miserable desayuno, lo había mareado un poco.

—¿Conocerla? No hace mucho tiempo, ella y yo manejábamos todos los negocios de Rolfe en Suiza, y no hace mucho tiempo éramos amigos íntimos —dijo haciendo un guiño.

—¡Por todos los diablos! —Patterson estaba evidentemente impresionado—. ¿Quiere decir que se acostaba con ella?

Archer aceptó el martini que le ofrecía el mozo.

—Digamos que éramos íntimos —replicó.

—Sí, me doy cuenta —Patterson chupó su cigarro—. Bueno, quién sabe. —Se hurgó la bulbosa nariz y prosiguió—: ¿Así que tiene más de cien millones?

—Más o menos —Archer sorbió la mitad de su martini. Ahora se sentía muy cómodo.

—¿Pero usted no trabaja más con ella? —Los minúsculos ojos lo escudriñaron.

«Cuidado, —se dijo Archer—. Estás dejando que se te suelte la lengua».

—Reñimos. Helga es muy complicada. Descubrí que no podía seguir trabajando con ella. —Sorbió su trago—. Entiendo que Ed se encargará de los pasajes aéreos para Arabia Saudita. Simplemente espero sus instrucciones.

Patterson se quedó pensando durante un largo rato. Terminó su trago. Luego sacudió la cabeza.

—¿Para qué demonios tenemos que recurrir a esos árabes para conseguir dinero cuando lo tenemos aquí mismo, en este maldito hotel?

Archer lo miró.

—No le entiendo, Mr. Patterson. ¿En este hotel?

Patterson se reclinó y palmeó la rodilla de Archer.

—Use la cabeza, Archer. Con sus conexiones con esta muñeca Rolfe, será muy fácil para usted interesarla en nues-